

LA RESIDENCIA

EVELIA SUÁREZ ROPERO

EVELIA SUÁREZ ROPERO

LA RESIDENCIA

Nadie podrá ayudarte...

ediciones
Cardenoso



“Ángel de mi guarda,
dulce compañía,
no me desampares
ni de noche ni de día,
no me dejes solo
que me perdería.”

-Oración al Ángel de la Guarda-

Nota de la Autora.: Esta historia, los nombres, personajes, alguno de los lugares y situaciones son inventados, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

“A Jose, mi marido, por tener siempre su apoyo
y animarme en la hermosa tarea de la escritura.

Y a mis hijas Laura y Cristina, que son las niñas
de mis ojos.

Os quiero.”

E.S.R.

La villa había cambiado mucho desde que el número de población había aumentado. A todo el mundo le dio por ir a vivir allí y eso, unido a la gran belleza del lugar, hizo que se diera a conocer aún más. Tenía una bonita iglesia de estilo románico “María Auxiliadora”, una ermita de piedra, pequeñita, mucho más antigua y las ruinas de un castillo medieval, que se conservaban lo mejor que se podía, gracias a una partida en los presupuestos del ayuntamiento y también a muchos colaboradores y donaciones de personas anónimas.

Muchas de las calles seguían empedradas, como antaño, y eso le daba el sabor a ciudadela que tanto gustaba. Balcones de madera, cargados de geranios, claveles y petunias, decoraban las fachadas de las casas. Casas de piedra con sabor a sierra.

El entorno invitaba a venir al viajero, a relajar los sentidos, a respirar ese aire puro que ensanchaba los pulmones, que te daba la vida. Y eran muchos los que se acercaban hasta allí para pasar unos días y disfrutar de aquellos increíbles paisajes salpicados de verde primavera que rodeaban a aquella tranquila villa.

Un pequeño riachuelo hacía las delicias de los aprendices de pescador, que se pasaban días enteros allí, con sus cañas, con sus sillas plegables y con sus neveras portátiles para meter el pescado. Los habitantes de antes, se sentaban directamente en el suelo o en alguna piedra y llevaban cestas de mimbre, pero los de ahora iban vestidos a la última para pasar el día en el río. Eran auténticos pescadores de revista.

Con este trasiego constante de gente, yendo y viniendo, la gente de la villa comenzó a decir, que si hubiera algo que atrajera no sólo al turismo sino también a estudiosos, sería ideal, pues la cultura es algo que perdura en el tiempo y da renombre a un lugar.

Se barajaron varias posibilidades, y entre ellas, sonó la palabra “Universidad”. A todos les pareció la mejor opción y enseguida comenzaron a trabajar en el proyecto. No fue

fácil, pero lo consiguieron. Y así fue como aquella pequeña villa, o tal vez ya no tan pequeña, tuvo su Facultad de Filosofía.

Gracias al trabajo y esfuerzo de muchas personas, todo se llenó de estudiantes y la vida de aquel lugar rejuveneció de inmediato. Se abrieron tascas para alimentar a tanta boca. Algunas de las casas ya derruidas y abandonadas, se convirtieron en hostales y pensiones para dar cobijo a estudiantes y familia, cuando ésta se presentaba a ver a sus hijos, sobrinos o nietos y necesitaban un sitio cómodo donde dormir.

El ayuntamiento decidió así, construir un aparcamiento, lindando con el centro de la villa para, de esta forma, no permitir circulación rodada por aquellas calles con historia. Todo permanecería igual que siempre, con más gente transitando por aquellos adoquines, pero libre de ruido, contaminación y peligro para sus gentes.

La Facultad de Filosofía “Quintín de Valbuena”, nombrada así por el primer alcalde que tuvo la villa, era un edificio moderno, con grandes ventanales que hacían pasar la luz y el calor del sol, eso se traducían, sin duda alguna, en un gran ahorro de energía. Todos los edificios modernos buscaban esta tendencia. Las paredes eran de ladrillo visto unas y otras estaban pintadas de diferentes colores: amarillo, verde, blanco y anaranjado. El conjunto se veía desde lejos como una escultura en sí dentro de un maravilloso bosque natural. No desentonaban en absoluto ni su estructura poliédrica, ni aquellos colores llamativos, puesto que los jardines que rodeaban al edificio estaban llenos de flores de todas clases y colores, varias esculturas diseminadas por el bosque que rodeaba a los jardines, se encargaban de dar el toque mágico al conjunto. Habían mezclado la modernidad del edificio con las hermosas reproducciones de escultura griega y romana que lograban aquella magia que conseguía transportarte a otra época, teniendo siempre los pies en ésta.

En un extremo del bosque, había sido construida una caseta de música, que se abría los meses de verano para dar conciertos por las noches. Y a la que podía asistir todo aquel que quisiera sin tener que pertenecer a aquella Facultad. Al lado un hermoso estanque iluminado, con forma de trébol de cuatro hojas y en medio una figura de piedra representando a la diosa Venus, hacía las delicias de los allí presentes, invitando a soñar.

Por el camino empedrado que iba desde la gran verja principal de entrada hasta el edificio, iban charlando dos jóvenes estudiantes...

-¡Hola Javi!

-¿Qué tal Nico?- dijo su compañero de clase. Ambos estudiaban segundo curso de carrera -¿sabes? ayer me enteré de algo que voy a utilizar para poner en un brete al profesor.

-¿A Don Jesús?- preguntó Nico.

-Al mismo que viste y calza ¡vamos!- dijo Javi mientras corría hacia la entrada.

La clase era grande, escalonada, recordaba a un anfiteatro. De aquella forma se veía y escuchaba mejor al locutor que se situaba en la parte de abajo, de espaldas a una enorme pizarra blanca. Aquella mañana el aula estaba llena de estudiantes, caso atípico puesto que solían faltar por lo menos quince o veinte todos los días. Pero esa mañana cuando entró Don Jesús vio que no sólo no faltaba nadie, sino que otros alumnos de otras clases se habían apuntado a la lección. Le pareció extraño, pero a la vez se alegró pensando que sus disertaciones sobre Historia de la Filosofía estaban resultando emocionantes entre el alumnado.

Don Jesús era un hombre de unos treinta años, alto y atractivo. Su pelo castaño siempre iba bien peinado y engominado. Llevaba siempre un aspecto muy cuidado y elegancia

en su estilo y en sus formas. Era un hombre respetuoso e inteligente en sus interpretaciones. Admirado por muchos y envidiado por los demás.

-¡Buenos días, señoritas y caballeros!- entró diciendo. Se oyeron bastantes “buenos días”. Cogió su maletín, lo colocó en su mesa, lo abrió y sacó unas cuantas hojas de una carpeta transparente. Se sentó durante unos segundos, mientras cerraba el maletín. Volvió a levantarse y se situó apoyado delante de la mesa con aquellas hojas en la mano, y por fin se enfrentó a una clase más llena que nunca. Observó durante unos instantes a los allí presentes y comenzó –Estoy impresionado ante tanta expectación- se oyeron unas risitas en algún lugar del aula.-El tema de hoy, como comenté el día anterior es “¿Qué mecanismos han llevado a la filosofía antigua hasta la era moderna?”- alguien alzó la mano –Profesor, tengo una pregunta que formular, se trata de una duda existencial- se oyeron más risas.

-Dígame señor...-quiso saber el profesor.

-Javier Cortés para servirle- más risas.

-Muy bien señor Cortés ¿cuál es esa duda tan existencial que influirá en todas nuestras vidas a partir de ahora?- preguntó don Jesús.

-¿Existen los ángeles?- así lanzó la pregunta sin más. Unos se reían, otros lo miraban sin comprender.

-¿A qué viene esa pregunta, señor Cortés? No tiene nada que ver con el tema que estamos tratando en este momento.

-Ya lo sé profesor, pero me gustaría que dejara clara su postura ante este dilema. Somos muchos a los que nos asaltan dudas.

-Ya, no me diga más, dudas existenciales ¿quiere acercarse aquí un momento por favor?- el joven bajó las escaleras hasta llegar donde estaba el profesor. Éste le habló en

voz baja, pero aun así algunas de sus palabras llegaron a oídos de muchos estudiantes, debido a la excepcional sonoridad del aula.

-¿Qué ocurre señor Cortés?

-Nada profesor, es que me he enterado de una forma totalmente...digamos que hasta mí ha llegado cierta información que me ha dejado perplejo.

-¡Cortés, desembuche!- le ordenó don Jesús.

-¿Cómo dice, señor?

-Que me diga lo que me tiene que decir ya, sin tapujos- su tono era serio aunque no enfadado.

-Muy bien, he leído varios artículos que publicó hace tiempo en la revista “Conociendo lo desconocido”. Estaban relacionados con el tema de los ángeles. Usted afirmaba que los ángeles existían y que tenía pruebas. Sinceramente, profesor, todo esto me parece patético- dijo con una gran sonrisa.

-Patético dice, señor Cortés- le contestó el profesor sin poder reprimir una sonora carcajada. Los demás miraban atónitos la discusión sin comprender nada.

-Muy bien, siéntese, creo que me ha quedado claro lo que está pasando hoy aquí- dijo Don Jesús mientras Javier subía de nuevo a su sitio- el señor Cortés se ha enterado de algo y ha convocado aquí a media Facultad para intentar poner en ridículo al profesor, es decir a mí- dijo señalándose. Todos le miraban con cara de incompreensión, como si no supieran de qué les estaba hablando.

-Señoritas y caballeros, hoy cambiaremos el tema de la clase, pues así lo han querido, pienso que tengo derecho a defenderme, eso sí, y creo que es justo que las seis horas que quedan por delante las pasen aquí en este aula, escuchando lo que tengo que contarles. Si alguien no está de acuerdo puede marcharse ahora, porque una vez que

empiece nadie saldrá de este aula hasta que termine, dentro de unas seis horas.- Hubo un murmullo de voces, pero nadie, absolutamente nadie, abandonó el aula.

-Muy bien. Lo que voy a contarles les resultará increíble, pero créanme si les digo que hay cosas que por muy ridículas o absurdas que parezcan son tanto o más reales que nosotros mismos.

Hace tiempo escribí unos artículos en una revista, se llamaba “Conociendo lo desconocido”. Aquellos artículos trataban de la existencia de los ángeles. Siento o no siento decirles, depende, que los ángeles sí existen- un enorme murmullo invadió la clase, el profesor hizo un gesto con la mano para que callasen.

-Hace tiempo conocí a alguien que vivió una experiencia increíble y dejó constancia de ella. Todo fue comprobado y puedo decirles que para mí, su solo testimonio hubiera tenido validez. La primera parte que les voy a contar es, y agárrense, el propio testimonio de un ángel. La segunda parte es lo que me contó la persona de la que antes les he hablado...-hubo un silencio -¿están preparados para escuchar la más inquietante historia verídica que han escuchado en una clase de Filosofía, algo que les helará la sangre y tal vez algo más?- algunos se rieron, otros lo escuchaban imperturbables. Pero todos, absolutamente todos, asintieron con sus cabezas, como si sus voces ya estuvieran comenzando a helarse.

Y así comenzó su historia...